R. R. LOPEZ



SINOPSIS

Cuatro caminos hacia el Hades nos incita a explorar vidas alienadas, pasiones oscuras y los insondables abismos de terror y oscuridad del alma humana. Narrado en un estilo que traerá al lector ciertas reminiscencias de autores clásicos del género, como H.P. Lovecraft, Clive Barker o Robert Bloch, combina diferentes subgéneros del horror y lo fantástico con un solo fin: transportarnos hasta las puertas del averno, que, en ocasiones, no son otras que las de nuestra vida diaria. Con su segundo libro, el auror de "Historias que no contaría a mi madre" profundiza en el género del Terror, el cual usaba como trasfondo combinado con la sátira en y el humor en su primera novela. En esta ocasión, sin embargo, resalta el dramatismo y la tensión narrativa de los personajes al enfrentarse a oscuras entidades y hechos inexplicables.

R.R. López

CUATRO CAMINOS HACIA EL HADES





www.publicalibro.com

_

Ediciones Publicalibro (www.publicalibro.com)

Edición en formato digital: Mayo de 2012

Diseño de la portada: Antonio Polo Montilla

Mail del autor: falerr@hotmail.com

Web del autor: http://historiasquenocontariaamimadre.wordpress.com/

Para ver el índice de la obra seleccione el menú “ir a...” de su libro electrónico, o desplácese a la última página.

NOTA SOBRE EL AUTOR



R.R. López, nació en córdoba en 1977, donde obtuvo la licenciatura en Ciencias Ambientales. Tras su regreso de Dresden, Alemania, donde cursó una beca de 10 meses, publicó en 2004 Historias que no contaría a mi madre con la editorial zaragozana Zócalo. Posteriormente, en 2012, se publicó dicha obra en formato digital con Ediciones Publicalibro.

Con esta segunda obra profundiza en el género del terror fantástico, ahondando en sus principales influencias literarias, como H.P. Lovecraft o Clive Barker.

Actualmente reside en Sevilla, donde compatibiliza su trabajo como Técnico en Desarrollo Rural con la escritura.

EL FINAL DEL CORREDOR

José García venía de vuelta de todo. Con tan sólo treinta y dos años, la panacea del éxito le había permitido probar todos los placeres y perversiones que estaban al alcance de su mano, y de otros apéndices menos presentables.

Había llegado al hastío. La vida ya no ofrecía novedad para él. Todos los días le resultaban anónimos; idénticas monocromías de pasajeras sensaciones que desfilaban frente a sus ojos y al resto de sus sentidos.

Aquella noche no era diferente. José y su amigo Fernando estaban en su zona de caza, como gustaban llamarla. El garito donde se hallaban se había convertido en un secreto oculto en las calles, un secreto que se gritaba a voces en las altas esferas y que constataba el nivel de degradación en que la sociedad se hallaba sumida.

Cada noche desfilaban por sus salas los más caros lujos y las más refinadas perversiones. Ninguna droga, ningún vicio, ningún cuerpo estaba libre de ser considerado un valor de cambio, de ser utilizado en un canje de ansias y anhelos. Sadomasoquismo, voyeurismo, sexo en grupo... cualquier sueño o pesadilla podía materializarse si se disponía del suficiente capital. Cualquiera.

Recostados en el brillante sofá de cuero negro paseaban su vista de depredadores en busca de “la presa” perfecta. Conceptos tales como el amor o el cariño les eran completamente ajenos; tan sólo buscaban algo que poseer, un cuerpo que esquilmar de sensaciones y estímulos, una meta a conseguir, una conquista que anotar en el marcador.

La música, de ritmos hipnóticos y atronadores, invitaba a sumergirse en el mar de cuerpos sudorosos que se contorsionaban unos contra otros en la pista de baile. La cocaína que tomaran hacía ya media hora comenzaba a alcanzar el pico de su efecto. Una tremenda euforia, rayana en la estupidez, invadió su cara, llenándola con una sonrisa tirante e incómoda.

-Mira aquéllas dos – le comentó Fernando. Su lengua pastosa rebotaba torpemente en la cavidad de la boca, dando a su voz un cariz de irrealidad-. Parece que buscan guerra.

-Pues no se hable más – con ésta frase, sin saberlo, José selló su destino.

Avanzaron entre la gente con movimientos ondulantes y estudiados. A su paso se abría un camino entre una multitud cubierta por ropas ceñidas, piercings y carne ansiosa pegada a tendones y huesos, que ocultaba su deseo. Se abría como se abre paso el acero ardiente en una herida.

Pocas palabras bastaron para establecer contacto; palabras vacías, miradas vacías, deseo vacío. Ambos eran cazadores, ambos resultaron ser presas; unas cuantas palabras irónicas cruzadas como aceros que se baten en mitad del estruendo de la música, para medir la banalidad del contrario, un análisis satisfactorio de la superficie, y José decidió deslindarse de su compañero de caza para ir al cuarto oscuro.

Entonces la vio.

Al atravesar las rojas cortinas, dejando atrás la algarabía amortiguada de ritmos discordantes, reparó en ella por primera vez. Era una puerta maciza y blindada, que ofrecía una apariencia sólida e inexpugnable. Tras una mesa había una china vestida con ropas ajustadas que acariciaba una libreta. Un tirón de la solapa por parte de su compañera le hizo olvidar aquella imagen, y su mente se vio nublada por la lujuria. Se dejó guiar por el impulso y se sumergió en las tinieblas del cuarto oscuro.

Pero la puerta había dejado un poso de curiosidad e incertidumbre en su subconciencia.

Tan sólo otro cuerpo, tan sólo otra historia que olvidar. A la noche siguiente la situación era la misma

De nuevo aquel vacío que llenar ...

EL DOLOR LO LLENA TODO

-Fernando- se dirigió José con voz cauta al que había sido su mentor en los vicios de la noche.

-¿Ajá? – masculló el Interpelado sin apartar la vista de los cuerpos danzantes.

-¿Has visto alguna vez... - intentó con todas sus fuerzas que su voz no rebelara su excesivo interés – la puerta?

-Ajá –fue la indiferente respuesta.

-¿Y? –preguntó José con ansiedad.

-¿Y, qué? –Fernando le dio otro sorbo a la ginebra.

-¿Has estado alguna vez allí?

-Sí.

El tono de su voz era frío y cortante como el hielo.

-¿Qué hay allí? Dímelo.

-Lo siento, Jose. Hay placeres para los que aún no estás preparado – le contestó con una pronunciación forzada, propia de una frase hecha como lo era aquella.

-¿Por qué no? Si tú has podido estar allí, ¿Por qué yo...

-¡Porque no!- le interrumpió con brusquedad. – Tú aún tienes salvación, aún no has sido arrastrado a las simas de

negrura y de corrupción que se esconden tras esa puerta. – De nuevo una frase grandilocuente de artificiosa pronunciación.

-Pero... – trató de contraatacar José con un gesto de decepción en el rostro.

-No se hable más. No me gustaría que por mi culpa acabaras en un sitio en el que no quieres estar.

-¡Y tú qué coño sabes lo que yo quiero! – la exclamación estalló en su garganta. Rezumaba indignación en cada una de las sílabas que la integraban.

La mirada de Fernando zanjó la cuestión. Aquella noche la vivieron por separado.

La nueva semana trajo de nuevo el hastío de la monotonía, la crisis de realidad y aquel vacío asfixiante. Pero esa vacuidad se estaba llenando con algo.

Poco a poco, segundo a segundo, pensamiento a pensamiento, aquel negro cráter que monopolizaba su alma se fue cerrando en pos de un ansia aún mayor y más peligrosa. El ansia de conocimiento. Una acuciante curiosidad, un desasosiego constante, llenaban las horas de despacho, la soledad del ático, los baldíos minutos en el metro.

La imagen de la puerta se dibujaba en su mente con nitidez, aquella puerta blindada, sólida, inexpugnable...

EL DOLOR TRASCIENDE LA MUERTE

La semana fue transcurriendo, y su ansia estaba apunto de rebasar los límites de lo razonable.

¿Qué perversiones y prohibidos placeres ocultaba aquella puerta? ¿Qué misterios aguardarían a quien pudiera rebasarla?

Por primera vez en su vida se encontraba lleno. Ya no era

una carcasa superficial y carcomida encaminada a un objetivo superfluo. Aquel sentimiento de incertidumbre lo devoraba hasta lo más profundo de su ser, como una metástasis podrida y mohosa que se incrementaba y reproducía con cada segundo, invadiendo y corrompiendo cada molécula de su ser, cada fibra, cada pensamiento...

EL DOLOR SALVARÁ TU ALMA

Por fin llegó el jueves por la noche. Él nunca salía los jueves por la noche, eso era cosa de niñatos atrevidos y universitarios. Además, el viernes por la mañana le aguardaba el trabajo. Pero también era su única oportunidad de escapar del control de Fernando, de su solapada autoridad, de la restricción que imponía a su libertad mediante cadenas invisibles, que son, aunque las más insustanciales, a menudo las más difíciles de romper.

Entró en el antro a todo meter, saludando con automatismo los rostros conocidos que encontraba en su camino.

La zorra del sábado anterior le salió al paso.

-Jose, eres un cabrón, te he estado llamando...

-¡Cállate, puta!-le espetó mientras la pasaba de largo. Sus palabras tuvieron el mismo efecto que la hoja de un sable que cruzara su abdomen. Desgarrador.

“Tan sólo es otra historia que olvidar –se decía-, concéntrate en la puerta. La puerta. Cuando traspases la puerta podrás olvidarlo todo. Todo...”

La sangre se agolpó en sus sienes. La saliva se espesó, haciéndose difícil de tragar.

-Vengo de parte de Fernando Azcona – la mirada de la china lo taladró, buceó en lo más profundo de su perversión,

leyó en las arrugas que la desesperación marcaba en su rostro.

José comenzó a sudar.

Un rápido vistazo a la libreta bastó para confirmar el nombre, aquel nombre que en sus labios resultó tan desconocido, tan lejano.

Como si caminaran por sendas misteriosas y ocultas, sus manos accionaron un interruptor en algún lugar debajo de la mesa, y la hoja se abrió con un crujido apenas audible.

Y por fin traspasó la puerta.

Una luz pálida y aséptica inundó sus ojos, y un escalofrío recorrió su espalda cuando la puerta se selló de forma automática tras de sí, quedando herméticamente cerrada, de nuevo sólida, pesada e inexpugnable.

Sintió que no había vuelta atrás. Se halló a sí mismo en un corredor blanco, de un matiz crudo e hiriente, de una calidad impoluta que incurría en lo escalofriante.

A ambos lados quedaban pequeñas bandas de cristal rectangulares a la altura de los ojos, y más puertas, metálicas, blindadas y sólidas. Cada una escondiendo un nuevo placer, más morboso y aún más prohibido.

La primera mirilla fue para él como el primer acto prohibido que observa uno sin ser visto. Cuerpos vestidos de cuero siendo azotados por cuerpos vestidos de cuero.

Aquello le era familiar.

Sobre el zumbido eléctrico de los focos halógenos se elevaba un débil coro de gemidos y golpes.

A su izquierda le sorprendió una cara que se aplastó contra el cristal, labios húmedos y carnosos, vapor, un grito, y la cara volvió a perderse; la excitación galopaba por sus venas. Lo siguiente fue un grito apagado en la distancia.

Otra ventana, potros de tortura, arneses y cadenas, lujuria contenida por correajes y piel amoratada. Sus ojos se fueron deslizando con avidez entre las imágenes de cuerpos conforme su vista saltaba de ventana en ventana. Cada vez más vejados, la humanidad cada vez más profanada, saliva que caía y rostros que lo miraban enloquecidos.

Al tiempo que fue avanzando, entre los gritos y gemidos, un sonido se fue imponiendo. Una chirriante cacofonía metálica, alternada de forma continua con otra gorgojeante que casi le salpicaba en los tímpanos. Ese sonido...

El corredor dio un giro, y se prolongó interminablemente.

Más puertas, más imágenes, que lo llenaban, lo llenaban de horror, casi hasta reventar. Ya no se sentía tan vacío; de hecho, la bilis amenazaba con rebosarle por la garganta, la comida pugnaba por abandonar su cuerpo.

En él ya no había sitio para nada que no fuera el horror, una sensación que oprimía a todas las demás hasta obligarlas a salir de su mente. Pero aún más fuerte era la fascinación, que le empujaba a dar un paso, y otro, hacia lo desconocido.

La luz se fue oscureciendo, ¿o era su alma?

De nuevo el sonido, ese sonido, se filtró entre sus pensamientos.

Entre las sombras le pareció vislumbrar un final, el final del corredor, ¿o era tan sólo oscuridad?

Aquel ruido volvía a rasgar el aire, ahora más nítido, más repetitivo.

Al proseguir, el sonido creció en intensidad. Ventanas empañadas.

¿Acaso era su mente la que se hallaba empañada por la excitación?

El sonido, aquel sonido, simplemente alcanzó cotas

insoportables. Sus tímpanos protestaron y rugieron de dolor. Era como el lamento proferido por una sierra radial, un sonido que a veces salpicaba, y aquel olor a despojos...

Lo primero que se le antojó cuando sus sorprendidos ojos hollaron el siguiente cristal fue un matadero, y eso era de hecho, pero la silueta difusa que sostenía la sierra no estaba despedazando reses. El sonido se hacía rechinante cuando la sierra se habría paso a través de las costillas, y adquiría aquella calidad húmeda y pastosa cuando horadaba la carne.

El verdugo le miró a través de su máscara de piel bruñida. Podía percibir la malignidad en sus ojos acechando en los orificios que lo observaban fijamente.

Un último borbotón de sangre atravesó la estancia poblada de cadenas y ocultó los rostros que se contorsionaban de dolor, colgados en los ganchos del matadero.

De repente, otras puertas se abrieron, y otros secretos, otros placeres, fueron desvelados, secretos demasiado oscuros para ser destapados por la mente humana.

Y aparecieron ellos. Dos altas y macabras figuras, el cuero cosido a un rostro, la carne profanada por el metal. Dolor de dentro hacia fuera, de fuera hacia dentro. Extrañas ropas rituales manchadas de sanguinolento fluido. Súbitamente se sintió envuelto por el olor penetrante del cuero, como si se hundiera en un acolchado sofá, gastado y antiguo. Un olor penetrante que se mezclaba con el también penetrante olor de la sangre coagulada, aroma dulzón y podrido que se coló hasta lo más profundo de sus pulmones.

Aquel horrible hedor fue como el relámpago que precede al trueno, pero en éste caso la sensación visual materializó en segundo lugar, en un abrir y cerrar de ojos; una figura, un muro de carne blanca y mortecina que se dejaba entrever a través de las ropas negras que la eclipsaban, deslustradas por las resecas manchas de rojo plasma.

Tuvo que girar hacia arriba su cabeza para poder ver su rostro; le parecía inalcanzable.

La máscara de acero sujeto por pernos que se clavaban en la frente y en los pómulos, la sonrisa falsa y los ojos vacíos, conjuntadas en un gesto infecto y turbio, le traían un recuerdo, ahora lejano.

El suyo propio.

Se sentía atrapado, paralizado por ese olor, por el miedo y por el efecto hipnótico de aquella mirada vacía esculpida en acero.

La agresividad desbocada, aquella máscara que no ocultaba nada, nada aparte de malignidad y odio, un pozo de negrura sin fin. La máscara lo ocultaba, pero de alguna manera, él podía verlo.

No ocultaba nada, pero él estaba lleno, lleno de dolor. Dolor cuando el gancho le atravesó la garganta, dolor cuando sus pulmones se encharcaron con sangre.

FUE ENTONCES CUANDO COMENZÓ EL VERDADERO DOLOR.

Porque José García, sin saberlo, había llegado al infierno.

“Oled el aroma de lo oscuro,

probad el sabor de vuestra sangre,

sólo así llegaréis a lo más puro,

sólo así pagaréis vuestros desmanes.”

EXCESO DE PODER

No sabía que una crítica pudiera tener tales repercusiones. Ni siquiera en la más febril de mis pesadillas podía haberlo imaginado. Una crítica tan... ¿Qué crítica?...

Tengo que concentrarme. Tengo que mantener el hilo de mis pensamientos.

Pero está el dolor; tanto dolor. Y las ataduras que me aprietan, cortándome la circulación, y esta silla. ¡Es tan incómoda!

Pero lo peor es la música. La música...

Está otra vez entre las sombras, lo sé. Si tan sólo hubiera más luz... Pero la oscuridad me cerca; es cómo si más allá del cono de luz que proyecta la bombilla que pende sobre mi cabeza no hubiera nada; sólo un inmenso océano de tinieblas que lo engulle todo... excepto esa música. Las pocas notas, rítmicas y repetitivas, me taladran el cerebro. La melodía apesta a sintetizador, derramando su ritmo electrónico y bailable, de letra fácil y sin sentido, sin interrupción, continuamente. Si me quitaran la mordaza, al menos podría gritar. Quizás así dejaría de oír por un momento ése ritmo martilleante.

Cuando la canción suena, la oscuridad cobra vida. Es entonces cuando las afiladas hojas bailan sobre mi piel en una danza de tormento indescriptible.

Ahí está otra vez, el maníaco. Ayer vi su máscara, ¿o era su cara? No, no, nadie podría tener un rostro tan horroroso, tan frío... Por un momento la bombilla comenzó a oscilar, y, como un destello, pude verle. También vi su brazo corrompido,

empuñando las tenazas. ¡Dios, cuánto dolor! Mis encías aún sangran. ¿Cuánto tiempo debo de llevar soportando esta tortura? La policía ya habrá cerrado mi caso. No puedo saberlo; el tiempo aquí es denso, continuo, como una cadena invisible que atraviesa la oscuridad de esta sala. No puedes saber dónde empieza ni dónde termina; tan sólo puedes observar los momentos que lo componen, que, como eslabones, se cierran unos sobre otros, interminablemente, sin posibilidad de escape. Cada uno de esos eslabones es una dolorosa muerte... ¿Muerte? Ahora que lo pienso, debería haber muerto hace mucho. Nadie podría sobrevivir a estas heridas. Aquí hay algo muy... ¿Qué es ese ruido? ¡¡Oh, no!! ¡¡Por favor, un hierro al rojo no!! ¡¡Mi ojo!!

¡¡Dios mío, me abrasa!! ¡¡Lo siento en mi cabeza!! ¡¡¡ En el centro de mi cabeza!!!

¡¡¡AAAAAAGGHHH!!!

Me he despertado. Debe de ser por el frío. ¡Hace tanto frío aquí! Seguro que me tiene en una cámara frigorífica.

Un momento; no se oye la música.

¿Habré muerto?

No, aún siento el dolor. El dolor es la única reminiscencia. El ojo me duele a horrores. Si al menos pudiera romper las ataduras que laceran mis muñecas y tapar con mis manos la vacía cavidad. Quizás así sentiría algún alivio. Y por si fuera poco está el hedor, esta peste a muerto, a carroña. Insoportable. No podría oler de otro modo. Nada vivo debería permanecer aquí ni tan sólo un instante.

¿Por qué no me matas, hijo de puta? **¡¡¿POR QUÉ NO ME MATAS?!!**

Es como si no pudiera escapar del sufrimiento, como si me persiguiera más allá de la muerte, por toda la eternidad.

¿Cómo puede sobrevivir alguien a quien han abierto en canal y le han metido una batidora en las entrañas? Debería haberme desangrado, o haberme muerto de una infección... ¡Yo que sé! Al menos aún me queda un ojo, pero apenas puedo ver;

¡Los párpados están tan hinchados! Debe de haberme partido una ceja.

Un golpe. La blanca bombilla ha comenzado a agitarse arrojando manchas de luz en forma de borrosas visiones, como un calidoscopio hecho de oscuridad, miedo y muerte.

Puedo ver otras partes del suelo; ahora comprendo el olor. Despojos, el suelo está cubierto por un tapiz de despojos. Y lo peor es que no soy capaz distinguir cuáles me pertenecen y cuáles no. Ya no tengo conciencia de mi anatomía ni de mi imagen. Creo que me falta una oreja y algunos dedos. Me los cortó la semana pasada ¿o fue hace un mes? Ya apenas soy capaz de distinguir estas heridas entre la película de sordo dolor que cubre mi cuerpo. ¡Qué más da! A estas alturas tan sólo soy un amasijo de carne triturada plagado de heridas abiertas.

La música.

¡Otra vez no! **¡No!**

Cómo llegué a odiarla. Ahora lo recuerdo. Era tan comercial, tan falta de sentido.

Sin parar, salta, salta, salta, salta, salta sin parar.

Y ese ritmo infernal.

¡Oh, no! ¡Mierda! He oído un crujido; otra vez se acerca. No me pegues más, no. **¡Nooooooo...!**

Una gotera. La humedad es mi única compañía, y esa puta música.

Noto algo húmedo en mi cara. Intentaré abrir el ojo. ¡Eh! La

escena ha cambiado. Ahora los despojos están cerca de mi rostro; su fétido olor a carne descompuesta y huesos rancios, su contacto húmedo y repulsivo. Debió de tumbar la silla del último puñetazo. Fue tremendo. Nunca habría pensado que unas manos desnudas pudieran infligir semejante tortura. Siento un dolor agudo en la mandíbula, por eso sé que la conservo. Esa es la condición reinante en esta horrorosa existencia. Sufro, luego existo. Soy en función de mi dolor. El martirio es lo único que me ata a la existencia. La persona que era, todos mis recuerdos, se diluyen en este mar de miedo y angustia. ¡Si tan sólo pudiera decir que me he acostumbrado! ¿Por qué no mueren mis células? ¿Por qué no expiran mis tejidos? A menos que ya estén... ¡No, no, eso no puede ser!

Ya lo decían los chinos, ten cuidado con lo que deseas. Y yo lo deseé intensamente. Ya lo creo que lo hice.

Aquel atentado contra el buen gusto musical no debía quedar impune. Ya viene el recuerdo a mí, a través de las rojas brumas que se dibujan en mi cabeza.

Sí, ahora me acuerdo.

Fue motivo de controversia, la crítica más criticada de todos los tiempos.

«Deberían matar a ese vividor y a las dos vedetes que le siguen a todos lados.

Nadie debería tener que aguantar que un engendro cómo él siga pariendo semejantes abortos al mundo musical.»

Cómo me enorgullecí al firmarla. Era directa, contundente y sincera; la más sincera que hubiera escrito nunca. Y lo peor era que realmente lo deseaba en mi interior. En lo más profundo de mi ser, soñé con su muerte. Aquella fatídica noche, en la confusión del sueño, accedí al pacto. ¿Por qué no? Ya no me bastaba con el poder de sojuzgar a placer, de condenar desde

mi altar, sito en el Olimpo de la prensa especializada.

Quería poder real, poder sobre la vida y la muerte. Al fin y al cabo, ¿quién cree en la existencia del alma? Sólo es un concepto falso y vacío, no somos más que unas cuantas reacciones químicas combinadas con unos cuantos impulsos eléctricos y algo de magnetismo que pululan por un corto periodo sometidos a las leyes del tiempo y el espacio.

¡Ahí viene otra vez, ya veo su extraña túnica ensangrentada! Espero que no me meta otra vez los genitales en aceite hirviendo. No lo harás, ¿Verdad? ¡¿No lo harás?!

¡Mierda, esta vez trae un martillo!

Su superficie de metal cromado, cruda e hiriente, daña mi vista antes de haberme ni tan siquiera rozado. Las manchas de sangre coagulada y los restos de carne y pelo hacen que un escalofrío me recorra la espalda.

La ruleta de la tortura comienza a girar...

¿Ya pasó?

No. No abriré los ojos; esta vez me niego. Despertar es como nacer a una existencia de dolor y sufrimiento. No me importa que vuelva a aplastarme las rótulas con un mazo. No los abriré.

Al menos me queda el consuelo de saber que no fue un sueño, a pesar de que no fue placer, si no horror, lo que experimenté cuando leí el titular del periódico a la mañana siguiente. Aquel farsante sin talento, aquel derviche barrigudo y sus dos bailarinas habían muerto a manos de un desequilibrado tras ser sometidos a una horrible tortura. La policía estaba tras la pista del criminal. Por fin lo entiendo; aquello no tenía nada

de premonitorio; además, ahora que caigo, ellos también han venido a visitarme. Sus cuerpos podridos y fríos, sus ojos de mirada vacía, pero llenos de odio. Las dos muchachas, con sus figuras, antes bellas, ahora rotas y retorcidas, su piel bronceada llena de costras de sangre reseca, y Él, el bardo loco de aspecto histriónico y desenfadado cuya comicidad se ha convertido en macabro horror debido al tétrico barniz que la muerte ha aplicado a su imagen.

Sí, claro, ellos también vienen. Me clavan sus largos cuchillos y hurgan dentro de mí, y mientras, saltan al ritmo de esa estúpida melodía alienante, ***saltan, saltan, saltan, saltan, saltan sin parar...***

LA CASA

Anthony la había visto en sueños. La casa. Mientras caminaban por el angosto y polvoriento pasillo, su mente aún se hallaba en el perímetro exterior de la propiedad.

La había observado tantas veces en sus pesadillas, aquella imponente casa de madera de un color gris sucio, avejentado, con su tejado marrón, de una tonalidad que resultaba incomprensiblemente desagradable a la vista.

Las oscuras y enigmáticas ventanas parecían observarlo desafiantes, vacías cómo la mirada de un muerto.

Se había acercado tantas veces a la carcomida cerca, había intentado en tantas ocasiones penetrar en aquella extensión con suelo de barro seco, del color del cieno, surcada aquí y allá por ralas manchas de pastizal enfermizo. Siempre se repetía la misma sensación, aquel miedo paralizante, el sentimiento de que una presencia lo observaba desde las entrañas la carcasa de madera vieja y corrompida; era cómo intentar sostener la mirada al diablo, la esencia del mal en estado puro, una emanación intemporal y omnipresente.

Sin duda eso era lo que todo el equipo de investigadores había percibido cuando llegaron a la linde de la casa, cuya visión se extendía igual que una mancha de podredumbre en mitad del supuestamente bucólico paisaje rural, que ahora les parecía un paraje silencioso y tétrico.

Todos experimentaron la densa opresión, la fuerza paralizante que la casa ejercía sobre los que se aventuraban en sus contornos, una congoja antinatural que se anudaba en la

garganta, una ansiedad que hacía muy difícil respirar, creando una atmósfera lúgubre que envolvía la piel con pequeños e incómodos escalofríos.

Él aguardaba dentro, de alguna manera.

No se lo comentó a los otros, pero había soñado tantas veces con aquel edificio, siempre era igual, iba paseando por los campos silenciosos y desolados, cuando, de repente la veía, un corrompido corazón de tinieblas, pulsante y vivo, cuyos latidos invisibles atraían todo su ser. Entonces comenzaba a ejercer sobre él su nefasta influencia. El miedo intuitivo que sentía hacia ella y sus intentos de alejarse siempre eran vencidos por aquella fuerza que se imponía a su voluntad, y al final acababa irremisiblemente traspasando la cerca hacia el origen de sus temores. En aquel momento experimentaba una horrible sensación de *deja vu*, una inevitable finalidad que le hacía sentir que la eternidad se movía describiendo círculos sucintos que se cerraban sobre un solo instante, aquel instante.

Sin poder remediarlo era arrastrado por el miedo que le suscitaba la reminiscencia de la malignidad de los actos que en ella se habían llevado acabo, y que Anthony, sin saber por qué, conocía de antemano. La brutalidad que rezumaba por sus paredes, aquel morboso aroma a muerte, a lo prohibido, que la impregnaba.

Anthony la había visitado en un futuro que no existía más que en su cabeza, reiteradamente, y siempre acababa en la puerta, sin poder entrar, debido a la gélida garra de terror que le atenazaba las entrañas.

Por esa razón, cuando la vio retratada en el artículo de periódico no pudo resistir el impulso de participar en el grupo que la exploraría.

La noticia había sido un gran escándalo. Centenares de desaparecidos habían sido encontrados, o al menos sus pedazos, en aquel caserón de pesadilla. Una ardua investigación, que tuvo a toda la nación en vilo, había

conducido finalmente a las autoridades hasta aquel lugar. Si él lo hubiera sabido, si hubiera podido adivinar en sus visiones oníricas que la nefasta influencia que pesaba sobre aquella casa era la de aquel malvado asesino, quizás todo habría terminado antes, pero eso ya no importaba. La policía había matado al sicópata en el interior de la misma, su sangre se había derramado en el suelo mezclada con la sangre de tantos otros, con la carne triturada, con los huesos machacados. Las horribles carnicerías, las abyectas vejaciones que allí se habían cometido, le traían sin cuidado, él tan sólo quería paladear el aura asfixiante del interior la casa, saber lo que sentiría al enfrentarse a su pesadilla en la vigilia. El mobiliario forrado de piel humana, las osamentas, los cadáveres descuartizados, las múltiples e imaginativas profanaciones de la anatomía humana que se daban cita en su interior, semejantes horrores, eran minucias comparados con la sensación de respirar aquel aire viciado de mal, por ver *su rostro*, el rostro del maniático, observándolo en cada sombra, en cada rincón, en cada dibujo del barroco papel que cubría las paredes, llamándolo, incitándole a contemplar su obra. Su rostro de barbilla triangular, sus anchos pómulos, los ojos redondos y desorbitados inyectados de locura y malevolencia.

Ahora se hallaban dentro; no podían contener la excitación. Cada paso por el podrido terreno hasta llegar allí había supuesto un desafío al autocontrol de cada uno de los integrantes del grupo, puesto que su voz interior les gritaba:

¡Marchaos! ¡Marchaos! Algunos incluso podían oír la voz de **Él** en la brisa que corría por los campos de trigo, aquel siseante rumor que invitaba a internarse en el oscuro interior, a traspasar el desvencijado umbral que ejercía de límite entre la cordura y los insondables abismos de perversión del alma humana. Pero la puerta principal, cerrada y muda, les había sobrecogido de tal modo que ninguno pudo más que alargar la mano hacia el picaporte antes de que un electrizante cosquilleo de pavor les obligara a devolver el brazo a su posición original.

Los vecinos lo habían corroborado. Allí quedaba algo; se podía sentir, si uno se callaba, alzarse sobre el ruido de los grillos un sonido de movimientos deslizantes en el interior de la casa, un enigmático crujir que helaba la sangre. Se podía sentir la regular pulsión de aquella malvada influencia, que se negaba a abandonarla, que invadía cada centímetro del terreno.

No habían tenido más remedio que dar un rodeo y entrar por la puerta trasera, y ahora estaban allí, en el opresivo pasillo, siete figuras en fila de a uno flanqueadas por el polvoriento papel de la pared, con aquellas desgastadas flores verdes. Le pareció ver el vesánico rostro dibujado en una de ellas. No, era dentro de su cabeza. Le estaba llamando.

El sheriff iba en vanguardia, avanzaba al amparo del tembloroso haz de luz de la linterna, mostrando las partículas de polvo que flotaban en la enrarecida atmósfera. Todos seguían teniendo la garganta bloqueada por la ansiedad y las inconfundibles náuseas del miedo en el estómago. Sus pasos resonaban en el agrietado parqué, lentos, cautelosos. Los componentes del grupo que iban en medio agradecían el calor de las espaldas que los precedían y la confortable sensación de los torsos de los que seguían sus pasos. Era una débil impresión de seguridad que amenazaba con esfumarse con cada ruido, con cada oscilación del trémulo haz de luz de la linterna, cómo el falso sentimiento de refugio que ofrece la proximidad del resto del rebaño al cordero, a pesar de que sabe que va a ser sacrificado. Sus corazones latían con fuerza, acompasadamente, en sus gargantas. La tensión, un análogo anímico de la percepción auditiva que provoca un alfiler al rasgar el encerado de una pizarra, resultaba insoportable; una extraña empatía que crispaba los nervios y ponía el vello de los brazos de punta, electrizante cosquilleo que recorría el cuerpo en oleadas de puro terror.

Anthony caminaba el último y se sentía desvalido, le daban ganas de echar a correr y salir de aquel horrible recinto, pero un leve resquicio de sensatez le hacía contenerse.

No se sentía escudado, y de vez en cuando su espina dorsal era recorrida por un dedo frío cómo el hielo, a pesar de lo cual le resultaba imposible afrontar la perspectiva de mirar atrás.

Aquel angosto corredor, digno del más oscuro surrealismo, parecía contorsionarse, elongarse eternamente, vacío como estaba de puertas o ventanas que agilizaran el tránsito a su través. Podían ver ya el barroco marco de madera que comunicaba con el recibidor. De repente sonó un fuerte golpe en la pared y todos comenzaron a correr en estampida de forma instintiva e irracional, presas del pánico.

La linterna de Anthony había sido atraída hacia la pared violentamente por una fuerza sobrenatural. Anthony luchó con todas sus fuerzas por liberarla rascando frenéticamente la pared con sus dedos, sintiendo como el podrido papel, infecto, húmedo, quedaba adherido debajo de sus uñas. Cuando se dio cuenta de lo absurdo de su empeño comenzó a correr, justo cuando el último de los componentes del grupo salía atropelladamente por la puerta principal, que ahora se hallaba abierta.

Corrió y corrió hacia ella, corrió por su vida, presa de un terror atávico; salió del pasillo y penetró en el recibidor, dando la espalda a la arcada que comunicaba con el salón y con el resto de la casa, tan sólo para contemplar con horror como la puerta se cerraba de forma brusca ante sus narices sin que tuviera tiempo de impedirlo. Golpeó la puerta con desesperación, forcejeó y tiró del picaporte con el vigor sobrehumano que la desesperación imprimía a sus músculos, mientras lo invadía un llanto descorazonador. Entre gemidos y sollozos oyó unos pasos que se acercaban procedentes de las entrañas de la casa, lentos, pausados, deliberadamente rítmicos, cómo si quien los diera estuviera jugando con él a un juego macabro. Una fulmínea sensación de parálisis le invadió, su espina dorsal se envaró, los vellos de su nuca se erizaron al sentir aquella respiración, profunda y crepitante.

Todos estaban fuera, lo sabía, estaba solo en aquella casa maldita. La sangre se heló en sus venas y su cerebro luchó por negar la angustiosa evidencia.

Algo se estaba acercando.

El crujir de las pisadas sonaba cada vez más cercano.

Cerca. Más cerca.

¡No te vuelvas!, se gritó a si mismo, ¡No te vuelvas!

Cerca, Tan cerca.

Podía sentir aquel aliento sobrenatural tan próximo que casi podía tocarlo, aquella respiración acompasada con los latidos de terror de su corazón, podía sentirla cómo pequeñas partículas líquidas que se depositaban sobre su piel con su tacto glacial, frío como la muerte.

Intentó ignorar aquel escalofriante sonido con todo su ser, deseó fingir que era otra de sus pesadillas, pero no pudo controlarse.

Una sombra borrosa, espectral, una anónima silueta bidimensional se cernió sobre él, y, por un momento, pudo ver los ojos hundidos e inyectados en sangre, de pupilas redondas y dilatadas, los cabellos alborotados en las sienes, y aquella sonrisa monstruosa de dientes rechinantes que segó su vida de un solo tajo a la vez que el cortante dolor que atravesó su garganta acabó con los disparados latidos de su corazón.

Hacía frío en las inmediaciones de la casa. Los efectivos del F.B.I. habían montado una tienda de campaña, mas nadie se atrevió a franquear la cerca, tal era ahora el aura que emanaba la casa. Nadie hizo alusiones al valor, nadie intentó hacer ninguna broma. El nerviosismo flotaba en el aire como un insecto incómodo, recordando a todos su humana condición, su impotencia ante lo imprevisto, lo desconocido, ante aquello que escapa a nuestro control.

El pequeño dispositivo controlado a distancia de la división de artificieros, equipado con una cámara, avanzó con sus gruesas ruedas por el barro irregular, reseco y agrietado del momificado jardín. Todos contuvieron una exclamación cuando, justo antes de llegar el aparato a la puerta, ésta se abrió desafiante. Nadie miraba la panorámica real, sus cabezas temblorosas preferían fijarse en el pequeño recuadro de la pantalla, más definido, más controlable. El malestar general fue en aumento cuando el vehículo traspasó el umbral. El operador lo detuvo e hizo girar la cámara para tomar una buena perspectiva. Vieron el cuerpo intacto en el suelo, el rostro lívido de Anthony distorsionado en una mueca atroz, con un mechón de cabello blanco donde antes tan sólo había negros y tupidos rizos, y la lengua fláccida y amoratada colgándole de la comisura de los labios, hasta tocar el suelo, creando una insoportable sensación de patetismo. Una mancha borrosa y sombría chocó de forma fugaz contra la pantalla; la imagen giró sobre sí misma para perderse finalmente con un chasquido eléctrico, dando paso a un inquietante mosaico de partículas borrosas que indicaban la obvia desconexión.

Alguien muy importante debía hallarse en aquella tienda de campaña compartiendo la ansiedad de tan sobrecogedora experiencia, porque el ejército no tardó en mandar aquel antiguo avión, un resto de la guerra del Vietnam, que descargó el napalm purificador en un alarde inquisitorial sobre las diez hectáreas indicadas. El terreno, una vez devastado, se valló con altas alambradas, pasando a ser una zona restringida, una realidad olvidada, un tabú impronunciable en la conciencia de América. Más tarde, con el transcurrir de los años se haría famosa en la academia de aviación la historia del piloto que tripuló el aparato, que contaba como el fuselaje comenzó a vibrar descontroladamente cuando sobrevoló la casa, y, quizás adentrándose más en el territorio de la leyenda, de como pudo oír un horrible alarido por sus auriculares, que cortó momentáneamente cualquier posibilidad de comunicación con tierra, cuando el ardiente líquido fulminó la casa.

REVELACIONES

Porque he visto, debo morir. Si alguien está leyendo esto, seguramente será porque ya estoy muerto. O al menos espero con toda mi alma que así sea.

No sé como empezó ni cual fue la causa, pero las aterradoras visiones que comenzaron a llegarme en forma de sueños son las que me conducirán a la auto inmolación que cometeré esta noche. Queda totalmente fuera de mi conocimiento si yo era su original receptor o si tan sólo las capté paralelamente a aquellos a quienes en realidad iban dirigidas.

Nunca tuve ninguna experiencia paranormal previa, ningún ápice de percepción extrasensorial o sueño premonitorio alguno. Ni tan siquiera mis facultades mentales son superiores a las de un mediocre estudiante.

Aún ahora, justo antes de morir, sigo sin comprender por qué fui yo el elegido. Sólo tengo la certeza de que debo actuar sin demora.

Porque yo he visto. He visto los abismos de cósmico horror que se avecinan sobre la raza humana, sobre el planeta entero. Pero eso será tan sólo si ellos triunfan.

El primero de aquellos sueños se podría describir como una extraña y angustiosa sensación de oscura profundidad, de presión, como al estar sumergido en un fluido a miles de kilómetros por debajo del nivel del mar. Pasaron algunas semanas en las que se repitió éste mismo sueño, por lo que acabé aceptándolo como otro sueño recurrente sin sentido,

reflejo subconsciente de algún trauma de mi niñez u obsesión de mi vida cotidiana.

Hasta que, en mis sueños, los ojos se abrieron.

Aquellos dos inmensos focos de luz mortecina, antinatural, com o dos astros blasfemos, recortando mi silueta contra su inacabable brillo, haciéndome sentir como un pequeño insecto bajo los focos de un estadio, lanzándome esa mirada insidiosa, pero sobre todo de una inteligencia inherente, de una malignidad más allá de cualquier descripción posible.

Tal ensoñación se fue repitiendo noche tras noche, como una llamada, haciendo que mis horas de vigilia fueran cada vez más insoportables, conduciéndome al borde de la locura debido a la certeza de que la noche siguiente volvería a tenerlo, por tener la total seguridad de que aquella aborrecible mirada volvería a escrutar hasta lo más profundo de mis entrañas.

Pero con el tiempo, más secretos, oscuros y ominosos, me fueron revelados. Pude salir en mis sueños de aquellas angustiosas tinieblas para otear la titánica ciudad de maldita piedra esculpida en ángulos impíos, sumergida por años incontables, y los anfibios horrores que a ella acudían a rendir culto.

Yo lo he visto, he visto como será el mundo cuando Él se alce de la sumergida metrópoli para regirlo de nuevo. He visto su oscura inmensidad alzarse bajo un cielo eterno cielo negro de nubes de tormenta plagadas de relámpagos verdes como la esmeralda, he contemplado como las ciudades serán barridas a su paso, cómo pueblos enteros serán exterminados o simplemente devorados. He divisado un horizonte surcado de extraños seres voladores, como grandes insectos o cangrejos alados que salían en peregrinación para rendirle culto del interior de vacías ruinas y huecas montañas. He contemplado a la humanidad desaparecer como tal de la faz de la tierra, quedando reducida tan sólo a un puñado de patéticas bestias

bípedas, sin conocimiento ni consciencia, ocultas entre las ruinas de los grandes rascacielos y avenidas, pasando de nuevo a formar parte del eterno drama de cazar o ser cazado, tan sólo para caer víctimas de horrores sin nombre contra los que no tendrán ninguna posibilidad de competir.

He visto como algunos serán criados, reses adocenadas, como esclavos o alimento, sometidos a la voluntad de aquellos que le rinden culto y preparan su venida. He observado impotente a los justos sometidos a todas las torturas y vejaciones que la mente de un loco pueda imaginar, porque sólo los locos y los más abominables y despiadados regirán en este nuevo reino de locura y horror, ofreciendo a los demás de su raza como pasto de los más voraces, salvajes e impíos rituales, doblegándolos a voluntad a sus más negros impulsos. Bestialismo, antropofagia, incesto, necrofilia, todos los tabúes de nuestra actual sociedad serán rotos por estos locos y nuevos gobernantes que camparán con total libertad por las ruinas de la tierra violando y sometiendo a todos los que encuentren a su paso, matando a los que se les opongan y esclavizando sus cadáveres a una servidumbre póstuma por toda la eternidad, para desaparecer también finalmente víctimas de su propia degradación y descontrol. Milenios de nuestra historia, cultura y conocimiento barridos por completo del tiempo sin dejar más huella que algunas ruinas que finalmente también sucumbirán al paso de los eones engullidas por el olvido en esta nueva era de pesadilla.

He visto a las horribles criaturas de las profundidades deambulando por nuestras tierras, ríos y lagos a voluntad, mezclándose con nuestra especie sin límite ni control hasta emponzoñar nuestros genes con su negra estirpe...

Pero mi visión no ha sido tan sólo unidireccional. Mucho me ha sido mostrado, pero también he podido indagar. Me han sido revelados destellos de sus planes, de cómo aquellos que lo adoran preparan su venida; Me han sido reveladas imágenes,

sitios, rostros de gente y fragmentos de instrucciones mentales, impresiones e indicaciones dadas en el lenguaje de los pensamientos que me han permitido investigar y preparar la que será mi última jugada.

Ya tienen el libro maldito. Con esto falta poco para su venida, pero esta noche hay una reunión de los más altos miembros del culto. Se reunirán en la sede de su falsa asociación para corroborar una vez más a través del techo acristalado si la posición de las estrellas es la correcta y ultimar los detalles de la expedición que realizará el ritual de llamada. Será entonces cuando me deje caer por la claraboya activando con el pulsador los veinte kilos de explosivos que llevaré en la mochila.

No me importa el repentino dolor de la explosión que reventará mis entrañas en mil pedazos. No me importa el pesar de los pocos familiares y amigos que tengo. Es precisamente por ellos por quienes lo hago. De todas formas no puedo seguir viviendo después de lo que me ha sido dado a conocer. La vida tal y como la concebía nunca volverá a tener sentido; tan sólo me queda el refugio de la muerte, la paz definitiva de la no-existencia. La desintegración total de mi mismo como entidad, materia e individuo, pues sé que, si fallo, es mejor no dejar cadáver alguno, porque si algo he aprendido en mis sueños es que no está muerto todo lo que puede yacer eternamente, y con los extraños evos incluso la muerte puede morir. Por todos estos motivos estoy decidido a morir y quiero que así conste en éste testimonio.

Espero que mi muerte no sea en vano.

Epílogo

“ATENTADO CONTRA LA SEDE DE UNA ASOCIACIÓN ESOTÉRICA”

Se desconocen aún los motivos que suscitaron tal evento, pero la pasada noche del veinte de marzo un enajenado m ental hizo detonar un artefacto en la sede de la “*Asociación filosófica y cultural de Nógad*” en el momento en que esta celebraba su trigésimo congreso anual a nivel nacional.

El edificio en cuestión y todos los de la manzana adyacente quedaron demolidos por completo. Los bomberos aún trabajan junto con grupos de voluntarios venidos de todo el país en las labores de rescate. El portavoz de dicha asociación, Jeremías Whateley, que afortunadamente se hallaba indispuesto para asistir al evento, ha realizado las siguientes declaraciones:

«El por qué de tal ataque contra nuestra asociación escapa por completo a mi entendimiento. La nuestra es una asociación cultural sin ánimo de lucro consagrada a investigar y velar por la preservación del folklore y conocimientos filosóficos de antiguas culturas, algunas de ellas hoy casi extintas, dado el inestimable valor de dicho acerbo cultural y su gran significación histórica en el contexto de la evolución del saber humano. Mi más sentido pésame a las familias de todos los miembros fallecidos y de los habitantes de los edificios aledaños. A pesar de este duro golpe nuestra asociación seguirá perseverando en su empeño por despertar a todos aquellos que se hallan “intelectualmente dormidos” a una nueva era de conocimiento.»

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Ya disponible en www.amazon.es,

